

Conocí a EMILIA DE ZULETA como profesora durante mis estudios de grado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, en el año 1974. A partir de entonces nuestra relación ha crecido y se ha enriquecido con la amistad, basada en el gusto por la literatura española y en el trabajo conjunto en el Grupo de Estudios sobre la Crítica Literaria (GEC), que ella fundara en 1988. Lectora ávida, crítica lúcida y docente por vocación son las notas que la definen y que ha volcado en sus clases, artículos, conferencias y libros. El año 1956, cuando dictó su primera conferencia sobre El ensayo en la Argentina, fue el punto de arranque de casi un centenar de exposiciones sobre los temas que le son tan caros: los autores españoles; la crítica literaria, sus métodos y problemas; la enseñanza de la literatura y de la lengua en el nivel medio y superior; las bibliotecas y su importancia en la formación humanística de la sociedad; la lectura y los caminos del lector; el exilio español del 36; las relaciones literarias entre España y América, por nombrar sólo algunos. Sus 36 años de labor docente en la Cátedra, Seminarios, Cursos de Posgrado y Doctorado, en el GEC -que actualmente coordina y dirige-, y su función de maestra de maestros como Profesora Emérita han dejado, junto a su amor por el hispanismo, una profunda huella de seriedad y rigor académico y han definido un estilo que trasciende lo meramente profesional.

Desde 1966, cuando apareció su volumen Guillermo de Torre, no ha cesado de publicar el resultado de sus estudios e investigaciones: Historia de la crítica española contemporánea, Cinco poetas españoles, Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés, Relaciones literarias entre España y Argentina, El exilio literario de 1936, son algunos de sus libros que se han transformado en referencia obligada de estudiosos del hispanismo, por la exacta combinación de profundidad e inteligencia con que están tratados los temas y por la precisión y claridad del lenguaje que los expresa. La dedicación y el amor al trabajo intelectual le han valido el reconocimiento de numerosas instituciones, que la han premiado o la cuentan entre sus integrantes. La más importante es la Real Academia española que la nombró Miembro Correspondiente Hispanoamericana en 1987. Mucho es lo que no he dicho en esta semblanza, pero no quiero dejar de referirme a su calidez, su apertura y su coraje intelectual, su generosa disposición a la charla, la consulta y los préstamos de libros y, sobre todo, su profundo humanismo que se pone de manifiesto tanto en la tarea intelectual, como en su actitud de vida.

Betty Granata de Egües

Emilia de Zuleta

Crónica de lo vivido



MIS PRIMEROS RECUERDOS, como en casi todos los casos sucede, se componen de imágenes, vivencias o percepciones inarticuladas. Un macizo azul de hortensias inclinado sobre una rápida corriente de agua achocolatada en el Delta del Paraná, la aflicción de mis padres y padrinos en la noche de la revolución militar de 1930, las grandes letras de los anuncios de subastas del diario *La Prensa* de Buenos Aires que una niña de cinco años, yo, recortaba y pegaba prolijamente sobre una hoja en blanco para formar palabras, las primeras que iniciarían la apasionante aventura de leer y de escribir antes de que mis maestras me lo enseñaran.

Entre los cinco y los siete años viví en la casa en donde había nacido, en el barrio de Palermo que por entonces se abría sobre el suburbio, cerca de las vías del tren, que estaban contorneadas por enredaderas verdes que florecían con campanillas azules.

Luego vienen los recuerdos de un largo viaje por mar y los dos años que viví en Galicia que desde entonces perviven en mí como una nostalgia que no han curado los viajes posteriores en la edad adulta. Es una nostalgia personal pero, también, heredada de mis padres. Aquellas casonas de piedra, aquellos verdes tiernos o intensos, aquella luz tamizada por el orballo, esa lluvia menuda que no alcanza a ser lluvia, esa niebla baja que difumina los espacios del campo y atenúa los sonidos de la ciudad, son cosas que vienen con la sangre y que el corazón acoge inevitablemente si uno es fiel a sus orígenes.

Los olores y los sabores de aquellos años aún permanecen en mi memoria y rebrotan en muchas ocasiones. De aquella etapa datan mis primeros acercamientos a la literatura, el aprendizaje de memoria de algunas fábulas de Samaniego y la lectura de los relatos de *Corazón*, el libro de Edmundo de Amicis que leíamos en clase, o una edición abreviada del Quijote con que mi padre compensó una tarde lluviosa en que debíamos de haber ido al cine.

Luego vino el viaje de vuelta a Buenos Aires y otros dos años jalonados por nuevas impresiones de la ciudad que crecía casi hasta sus dimensiones actuales. Fui espectadora asombrada de la inauguración del obelisco emplazado en la calle Corrientes, del gran Congreso Eucarístico de 1934 y del duelo ciudadano por la muerte de Carlos Gardel en 1935.

A fines de 1936 nos vinimos a Mendoza. Qué paisaje tan diferente del de Galicia. Este era un paisaje natural, áspero, difícil, un oasis de viñedos y de álamos, implantado en medio de un desierto de piedra, al pie de su gran cordillera, con su cielo implacablemente azul y su sol deslumbrante. Por esos años comencé a escribir mis primeros versos y acrecenté mi pasión lectora con cuanto libro propio o ajeno o de la biblioteca escolar iba cayendo en mis manos: Victor Hugo, Alejandro Dumas, Julio Verne, Stephan Zweig, Gorki, Dostojevskij. Cuántas siestas durante las cuales desobedecí el mandato materno de descansar para leer en la semioscuridad tamizada por líneas de luz que se colaban a través de las persianas. Mi madre

y, sobre todo, mi padre fueron voraces lectores y con ellos se cumplió el acto pedagógico de enseñar con el ejemplo. Menos importancia tuvo la escuela en ese aprendizaje, pero sería grave ingratitud no recordar a algunas maestras que me alentaron en la práctica de ese vicio impune, la lectura.

Entre tanto allá lejos, del otro lado, se desarrollaba una guerra fratricida que también golpeó a nuestra familia. Mis abuelos y tíos sufrieron persecuciones que se frenaron gracias a la piedad de algunos vecinos. Mi tío Ángel y su familia partieron hacia Buenos Aires que era por entonces la ciudad gallega más grande del mundo.

Y llegó el bachillerato, a partir de 1939. Allí tuve a mi primera y gran maestra de lectura, Sara Agüero Hernández, que me alentó y me ayudó a vencer mi timidez con elogios generosos en demasía de mis ejercicios de lectura y de escritura. Tuve luego la fortuna de ser su amiga durante cincuenta años. Pertenecía a una familia criolla de Santiago del Estero y de ella heredaba esa discreción delicada, ese sentido del humor y ese castellano purísimo que supo transmitirnos.

En 1943 ingresé en la Facultad de Filosofía y Letras que estaba en uno de sus mejores momentos. Fui allí alumna del filólogo catalán exiliado Juan Corominas que nos enseñaba gramática y que había colaborado en la organización de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Cuyo. En 1945 fui alumna de Alfonso Sola González, uno de los grandes poetas de la Generación del Cuarenta y, poco después, de Julio Cortázar, que compartía con Enrique, mi compañero que sería luego mi marido, su pasión por el jazz, y que dictaba unas clases maravillosas en su castellano de erres guturales. Fuimos sus amigos y de su boca escuchamos los primeros cuentos de su libro inicial, *Bestiario*. Por entonces era un muchacho alto y delgado, lampiño y de grandes ojos verde azulados. Guardamos durante años las traducciones propias con que completaba sus clases sobre poesía francesa, desde Baudelaire al surrealismo, sobre los románticos ingleses, Byron, Shelley y Keats.

De vez en cuando veíamos atravesar el patio, envuelto en su gran capa negra, a otro exiliado

ilustre, don Claudio Sánchez Albornoz que dictaba Historia Medieval.

Enrique y yo nos casamos en abril de 1947 y recuerdo que en el almuerzo de celebración estuvo presente otro profesor amigo que había enseñado Historia de la Música y que luego sería el hispanista Daniel Devoto.

Eramos dos jóvenes estudiantes que trabajábamos para mantenernos en un departamento pequeño, en el centro de Mendoza. Enrique fue mi segundo maestro de lecturas. Leíamos regularmente la revista *Sur* y *Correo Literario* que editaban varios exiliados españoles y algunos argentinos. Vivíamos en la atmósfera del existencialismo y del neorrealismo italiano, íbamos mucho al cine, leíamos muchas traducciones de novelas de Graham Greene, Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, Dos Passos, Faulkner... y ya comenzaba a esbozarse lo que sería nuestra gran biblioteca. Nuestra joven Universidad funcionaba en dos grandes casas adosadas, tenía un patio con naranjos y otro con un gran ombú y allí intercambiábamos ideas y charlábamos con los estudiantes de Bellas Artes o de música, en un ambiente casi familiar que se ha perdido en la impersonalidad del campus actual.

Al año siguiente, en 1948, vivíamos ya en nuestra vieja casona criolla de Rufino Ortega 217 que ya no existe o que quizá esté en alguna parte con las sombras de los que alguna vez pasaron por allí: los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Jorge Luis Borges y su madre, Doña Leonor, Guillermo de Torre, Miguel Ángel Asturias, Rafael Alberti, María Teresa León, José Luis Castillo Puche, Manuel Alcántara, Ramón Solís, Guillermo Díaz Plaja.

Paulatinamente aquella casa se iba llenando de amor, de niños y de libros, y me parece sentir ahora el aroma del jazmín del patio, de las maderas enceradas del piso y del roble de las bibliotecas.

Yo enseñaba castellano y literatura en varios colegios secundarios y aprovechaba el tiempo libre para hacer lecturas más sistemáticas de literatura española que resumía en cuadernos de tapas marrones que conservé hasta hace muy poco. Paradójicamente esos años del primer peronismo

fueron muy productivos ya que no podíamos iniciarnos en la docencia universitaria porque no estábamos afiliados al partido oficial.

Ingresé a la docencia universitaria en 1955, en la cátedra que conservé hasta mi jubilación en 1991. En 1962 publiqué mi primer artículo y en 1963 mi primer libro, un pequeño estudio crítico y una antología de la obra de Guillermo de Torre. Las bibliotecas universitarias de Mendoza, Buenos Aires, Chile y, en alguna ocasión, de Estados Unidos, bastaron para que emprendiese estudios de más largo aliento y que culminaron con mi *Historia de la crítica española contemporánea*, de 1966, ampliada en 1974, que me publicó Gredos. Luego vendrían otros libros, *Cinco poetas españoles. Salinas, Guillén, Lorca, Alberti y Cernuda*, sobre Benjamín Jarnés, sobre las relaciones literarias entre España y la Argentina, sobre el exilio literario de 1936. Quiero evitar que esta crónica se convierta en un monótono curriculum, pero lectura, crítica e investigación literaria forman parte indisoluble de mi vida personal, sin conflictos visibles, paralelamente al nacimiento de mis cinco hijos, a su educación, al amor de Enrique, los viajes, los amigos.

Nos tocó una etapa apasionante, por momentos cruel, y a veces la inquietud ciudadana nos robó la placidez y nos enfrentó con conflictos difíciles de solucionar. Perdimos algunos amigos, pero ganamos otros en ese ajetreo de la vida argentina de la segunda mitad del siglo XX. Hubo muchos desencantos pero conservamos intactas las creencias capitales y procuramos vivirlas en aquellos momentos angustiosos.

En el camino tuve muchos y fieles discípulos de la escuela secundaria y de la Universidad. Algunos fueron luego nuestros amigos. Aquella casona de Rufino Ortega fue abandonada y luego demolida tras un terremoto en 1977 y desde 1980 vivimos en una casa pequeña, con cielos rasos de madera y un patiecito ajardinado.

La década de los ochenta trajo nuevos cambios en mi vida. Mi ingreso en la Academia Argentina de Letras y en la Real Academia Española, la fundación de la Asociación Argentina de Hispanistas y del GEC, Grupo de Estudios sobre

la Crítica, donde tuve activa participación, supuso un vuelco hacia actividades de intercambio intelectual y trabajo en equipo. Mis hijos habían completado su formación universitaria que fue excelente, gracias a que vivíamos en provincias, se habían casado y tuve más tiempo libre. Entre tanto iban naciendo nuestros diecinueve nietos y, recientemente, nuestro primer bisnieto.

Hoy escribo estas páginas en Buenos Aires, en la convalecencia de una depresión bastante grave. Releo a mis clásicos, escribo menos que en otras etapas y recuerdo mucho. Dicen que esto es privilegio de la edad madura que tiene mucho tiempo detrás y menos por delante. Es un modo de revivir lo vivido y de allí nació esta crónica.